

panto heló toda su sangre. Los horribos peligros de la soledad se presentaron á su sobresaltada imaginacion. El pobre niño lanzó un grito de angustia que se perdió en la selva.

Estaba en pié, pero no se atrevia á dar un paso. Esperaba oír aquella voz que le habia despertado de su sueño letárgico.

—Tlastelt, gritó una voz clara y distinta.

El niño dió un salto terrible hácia el lado de donde creyó percibir aquel acénto, respondiéndolo al propio tiempo:

—¡Padre mio!

Tlastelt corrió desalado: la voz volvió á llamarle, y él se creia más cerca de aquella voz; después volvió á llamarle otra vez, y ya no le quedó duda de la direcccion que debia seguir para ir á encontrarse con su padre, á quien suponía á muy pocos pasos de sí.

Tlastelt se encontró con unas malezas que embarazaban su camino, pero se abrió paso á través de ellas.

Aquel grito que le llamaba, y que cada vez percibía más clara y distintamente, le hacia caminar con verdadera ceguedad.

Caía y volvía á levantarse olvidando los dolores que las caídas le causaban.

Tlastelt iba engañado por el eco. Su padre le llamaba, es verdad, pero su voz resonaba en la gruta, y su hijo, fascinado por aquella ilusion, perdía sus pasos en el laberinto de una caverna.

Tlastelt llegó á desesperarse de correr tras de aquella voz, que parecia resonar siempre á igual distancia. Lanzó un grito desesperado, y asustado ante su propio eco, cayó exánime sobre el pavimento.

¿Qué vió durante aquel sueño? Una figura sobrehumana.

¿Qué le dijo aquella figura?

—«¿No buscas á tu padre? Tu padre soy yo. Te he elegido para sacerdote del Sol. La voz que has percibido, aunque no formaba más que un mismo acénto, salia de dos pechos. Uno era el mio; otro el del que te abandonó, que acaba de ser devorado por un tigre. El Sol ha querido que percibieras mi palabra antes que la suya: allí te esperaba la muerte, aquí te espera la vida.»

Tlastelt despertó después y salió de la gruta con una gran fé y una gran intuicion religiosa.

El dia empezaba á rayar. Tlastelt elevó su oracion ferviente á la divinidad y empezó á andar, sin direcccion fija, con el rostro radiante de alegría.

A muy pocos pasos de la gruta encontró unas cuantas flechas desparramadas sobre el césped, un charco de sangre y unos cuantos huesos humanos á medio roer. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas: en aquel momento una nube eclipsaba el sol.

El niño enjugó sus lágrimas, un pensamiento religioso apagó su dolor.

Pocas horas después, Tlastelt tuvo la fortuna de encontrar á varios indios que habian formado parte de la comitiva de su padre.

Aquellos indios le contaron que su padre estaba maldito de Dios, que había blasfemado del sol y que le habían abandonado.

El niño comprendió entonces el misterio de la nube.

Refirió todo el suceso, y el niño, bajo auspicios tan favorables, fué mas tarde sacerdote de la tribu.

La sensación que produjeron estos dos relatos fué inmensa.

La tribu tenía cincuenta prisioneros, y era necesario celebrar con gran solemnidad el acontecimiento religioso.

Levantáronse los fúnebres altares, y aparecieron los sacerdotes vestidos con sus fúnebres túnicas.

Las víctimas propiciatorias aparecieron con sus frentes achatadas, con sus largos cabellos en desorden, con sus ojos de mirada feroz, con sus labios amoratados.

Pero de repente un sonido vibrante y agudo, acompañado de un rumor sordo como el que produce un trueno lejano, suspendió el brazo de los sacrificadores. La muchedumbre suspendió sus rezos, escuchando como escucha el salvaje.

Nadie se movió, sin embargo, y el rumor avanzaba como avanza en el espacio el ruido de la tormenta.

Un instante despues, el misterio quedó aclarado; pero, ¡qué misterio! ¡qué terrible espectáculo se presentó ante sus ojos!

¡Eran dioses, eran monstruos, eran hombres los

que tenían ante su vista? La luna se reflejaba en ellos como sobre la superficie de un lago, corrían como el viento, y la gran masa que presentaban se movía como si respondiese á una misma acción vital.

En medio del silencio terrorífico que se apoderó de aquella muchedumbre, solo una garganta pudo formular una frase.

Fué la de Guatapahic: «Ellos son,» exclamó.

Y al ver que en el mismo instante unos ídolos, por circunstancias providenciales para él, cayeron de sus altares, Guatapahic lanzó un gemido como el que se despide de sus dioses y de su patria á un tiempo mismo.

La profecía del Genio de las montañas se había cumplido. Los hijos del Oriente habían llegado. Luchar contra ellos, ¿no sería luchar contra el destino?

Los indios los vieron avanzar inmóviles, con las frentes inclinadas y sumisas, como las flores el soplo de la tempestad.

Los extranjeros levantaron allí sus tiendas, y cuando el sol se apareció sobre el horizonte, aquellos indios estaban inmóviles, atónitos, como habían quedado algunos siglos antes los soldados que guardaban el sepulcro de Jesús ante el milagro de la resurrección.

Los extranjeros libraron á las víctimas del sacrificio, y por primera vez oyeron una doctrina que no entendían.

Cuando aquellos seres misteriosos abandonaron la comarca, dejando la estupefacción entre sus habitantes, se redoblaron las fiestas religiosas, y Guatapahic exigió solemnemente de todos que jamás revelarían aquella gruta.

Y aquel juramento fué religiosamente cumplido.

Los conquistadores conocieron todo aquel territorio, subieron hasta el cráter de los volcanes, cruzaron los lagos, penetraron en el interior de los bosques; pero ni la sed con que buscaban el oro, ni sus costumbres romancescas ni aventureras, los llevaron jamás hasta el dintel de aquella gruta.

Hacia el año de 18... un inglés, uno de esos *turistas* que andan á caza de emociones por el globo, llegó á la comarca india de L.

Viajaba con una verdadera bodega ambulante; es decir, llevaba varias mulas cargadas de botellas de jerez, ron, jamaica, madera, oporto, rhin, etc.

El globo vinícola tenía por lo menos un diputado en aquella asamblea trashumante.

Mister Tipson preguntó á los indios de la comarca de L... si no había ningun pozo profundo al cual descender, si no había volcanes que apagar con la planta del pié. El, que no había bebido agua desde que había perdido el uso de la razon (los ingleses le pierden cuando los demás empiezan á tenerle), por una de esas escentricidades británicas, había jurado secar la primer catarata que encontrara en su escursion, apurando sus aguas con el vaso de cuero que llevaba en su bolsa de viaje.

Merced á algunas *libaciones*, Mister Tipson consiguió que dos apóstatas del sol pronunciasen algunas palabras ambiguas acerca de la gruta de Caca-huamilpa. El misterio de sus frases encendió mas y mas la curiosidad del inglés; y á no viajar con una *comitiva tan amable*, es muy creible que el misterio hubiera quedado por descifrar.

Los indios sobornados, en el éxtasis del báquico festin, se rieron de Guatapahic y hasta del Genio de las montañas.

Sin embargo, al llegar á la entrada de la gruta se operó en ellos una saludable reaccion. Verdad es que á causa de la brisa de la mañana su cerebro se habia serenado, y que la voz de la supersticion habia vuelto á llamar al fondo de su conciencia; pero el inglés, previsto este caso, llevaba algunos *frascos*, de los cuales esperaba confiadamente un éxito seguro.

La profanacion se llevó á cabo en efecto.

Mister Tipson, para animarlos, rompió la marcha, en tanto que sus acompañantes le seguian armados de grandes teas.

La grandiosidad de aquella caverna entusiasmaba al escéntrico hijo de Albion. Aunque con peligro de estrellarse, avanzaba en las sombras, yendo mas allá que á donde alcanzaban los rojizos resplandores de las teas.

Pero instantáneamente oyóse, á causa de uno de los desprendimientos de la bóveda, la detonacion semejante á una descarga de artillería, de que nos

habla Mr. Mogues en su descripción. Claro está que los indios retrocedieron espantados, dejando á Mister Tipson sumido en las tinieblas mas espantosas, buscando á toda prisa la salida de la cueva.

Mister Tipson soltó una ruidosa carcajada.

Hacia quince años que no había reído. Esta fecha la conservaba en su memoria y escrita en una hoja de su cartera, y aludía al día en que queriendo llevar á cabo el proyecto de suicidarse, no había conseguido mas que hacer saltar unas cuantas nitelas.

Mister Tipson, aunque no se dió mucha prisa, salió al cabo de tres días de la gruta chorreando sangre, pero con una cara de pascuas.

Lo primero que hizo al encontrarse ante la luz del día, fué sacar flemáticamente su cartera, y trazar las siguientes líneas en la partida de sus gastos de viaje:

Por propina á los indios X y Z por la emoción que me han proporcionado. 40 libras.

Tipson para el viaje á la cueva de los gigantes. 100 libras.

El habitante de las ciudades del centro descubre un peligro, porque no vé en torno suyo mas que á los indios de las tribus vecinas que acuden al mercado, los que por su contacto continuo con los blancos, han perdido una parte de su aversión hacia el carácter del indio, y verá á la madre inundar en el corazón de su hijo la aversión que guarda hacia los descendientes de los conquistadores, y al anciano, agitar el espíritu de la juventud.

XXXIII.

Peligros que amenazan á la raza blanca. — Proyectos de colonización.

La negligencia con que el gobierno de Méjico se ocupa de la colonización de aquel país, es evidente que puede traer consigo grandes males para dicho territorio: el peligro que amenaza á las razas blancas en el Sur de Nueva-España, es inminente y sangrientas las llagas que en ella abren los salvajes del Norte. Hace mas de veinte y cinco años que los apaches y comanches han invadido las provincias setentrionales, incendian las poblaciones y las haciendas, asesinan á los habitantes y llevan consigo á los niños cautivos. Estos indios feroces han avanzado hasta Zacatecas y Jalisco, dando un paso de incursión todos los años. Lanzados de sus desiertos por los americanos, no tardaron en hacerse dueños permanentes de los Estados de la frontera.